

HELENA BÉJAR, *El mal samaritano. El altruismo en tiempos del escepticismo*. Anagrama, 2001, 189 pp.

Salvador Giner nos ha recordado recientemente que fue el padre fundador de la sociología, Augusto Comte, quien introdujo el concepto de altruismo como respuesta laica a la noción cristiana de caridad. Helena Béjar ha elegido este concepto, tan denostado en épocas de neoliberalismo rampante, para continuar sus anteriores investigaciones sobre individualismo, aunque esta vez desde el lado contrario, interesándose por ese republicanismo cívico que nos llega del otro lado del atlántico, y del que las organizaciones no gubernamentales podrían ser un buen exponente (Helena Béjar: *El corazón de la república. Avatares de la virtud política*, Paidós). Dentro de su estrategia de investigación, el objetivo del trabajo consiste en analizar desde una metodología cualitativa –entrevistas en profundidad y sobre todo, grupos de discusión– la supuesta virtud cívica de los protagonistas de este nuevo altruismo que protagonizan las ONG.

No es la primera vez que Helena Béjar utiliza la metodología cualitativa para fundamentar sus trabajos de teoría sociológica, pero en esta ocasión, y tal vez porque el trabajo fue presentado al premio Anagrama de ensayo, la parte metodológica se ha visto reducida a un breve nota final (pp. 187-189) que impide apreciar con detalle todo el trabajo analítico, así como cuestiones tan fundamentales en la investigación cualitativa como el diseño y la dinámica de los grupos.

La autora se sitúa en una perspectiva metodológica que busca descubrir «las actitudes personales y las representaciones colectivas», así como «la reproducción a escala limitada de los discursos de la opinión pública». El resultado final es brillante, aunque sin duda, éste resultado se debe más a su destreza en el manejo de los textos clásicos, que a la experiencia en el campo de la investigación empírica

cualitativa. En su análisis nos presenta dos discursos principales: uno, que denomina *lenguaje individualista y liberal*, y otro que recibe el nombre de *comunitarista cristiano*, caracterizado este último, como lenguaje moral fuerte, anclado en la virtud. Hay un tercer *discurso cívico* que identifica en el sentido más político y republicano, con la participación. El primero de los discursos lo adscribe a los jóvenes, mientras que el segundo es adjudicado a los grupos de amas de casa cristianos. El tercero, en cambio, aparece entre los profesionales que trabajan en organizaciones de ayuda al desarrollo.

Desde el punto de vista metodológico, una de las limitaciones importantes de este trabajo es haber dado por supuesto que los grupos objeto de estudio elaboran discursos homogéneos, esto es, que carecen de contradicciones internas, no presentan fisuras discursivas y carecen de fracciones de grupo. Resulta difícil de aceptar que no haya contradicciones en el grupo de amas de casa que trabajan en organizaciones de ayuda cristianas, e incluso diferentes concepciones de la vida. Presuponer que las personas dedicadas al voluntariado deben tener un discurso diferente de las que se dedican a la cooperación para el desarrollo, nos parece, mas que una hipótesis de trabajo, un prejuicio metodológico.

La especialización funcional de las organizaciones no tiene, en principio, por qué condicionar las orientaciones ideológicas de sus miembros (entendida la ideología, en sentido fuerte, como visión del mundo). Al investigador le corresponde la ardua labor de la interpretación, esto es, atreverse a penetrar en el nivel de lo pre-consciente o pasar del nivel de la denotación al nivel de la connotación. Los discursos en cuanto fragmentos del lenguaje social, no pueden identificarse de un modo absoluto con las ocupaciones (amas

de casa, profesionales) e incluso, con la situación social (jóvenes), en todo caso, la adscripción no es más que un simple punto de partida, un recurso útil en la confección del diseño.

Los discursos son casi siempre trasversales en la actualidad, otra cuestión es que, si así lo percibe el investigador, pueda afirmarse que son dominantes en ciertos grupos sociales, o que la clase social, como variable asociada al uso lingüístico, sea utilizada, como de hecho lo es, en el diseño de la investigación. La tarea fundamental del investigador, es la reconstrucción literaria de unos discursos dotados de coherencia interna; cuestión diferente es el habla de los actores que ha de ser también registrada, pero analíticamente separada de los discursos.

Otra de las limitaciones es haber supuesto que las citas de autores consagrados poseen más valor que los discursos producidos por los grupos. En la investigación cualitativa, las citas de autoridad proceden de los propios entrevistados, y es siempre mucho más útil, analizar libremente el discurso de los grupos, que buscar desde el principio las trazas de Alexis de Tocqueville o conceptos como el de *generación cívica* de Robert D. Putnam.

Una cuestión que despista un poco, es el uso de nombres que suponemos reales, y que se facilitan junto a las características sociodemográficas. Puede ser un recurso útil desde el punto de vista editorial, pero no lo es tanto para el análisis. La producción discursiva es social, no individual y lo que busca el investigador en un primer momento, es la reproducción de los discursos, esto es, el material lingüístico que en un segundo momento se interpreta a la búsqueda de las claves estructurales que le dan sentido. Sólo en el último momento —el momento sociológico, lo llamaba Ibáñez— puede enfrentarse el material discursivo, ya organizado, con los actores y los conflictos sociales.

Haber realizado entrevistas en profundidad a dirigentes de ONG, es, sin duda, un acierto metodológico, pero si dicha

técnica se complementa con el grupo de discusión, han de tenerse en cuenta sus diferencias. El grupo de discusión es una herramienta potente en la producción discursiva, en tanto que la entrevista, aunque con matices, lo es en el orden fáctico. Como ha señalado Luis Enrique Alonso, la técnica de la entrevista es útil *para obtener informaciones de carácter pragmático (...) y por eso las preguntas adecuadas son aquellas que se refieren a los comportamientos pasados, presentes o futuros, es decir, al orden de lo realizado o realizable, no sólo a lo que el informante piensa sobre el asunto que investigamos, sino a cómo se actúa o actuó en relación con dicho asunto*¹, la entrevista abierta produce, en realidad, un decir del hacer.

Uno de los capítulos más interesantes del libro es el dedicado al discurso cristiano, que la autora titula: *El amor sin retorno*. En él aparece el altruismo como acto de compasión, pero también como ejemplo moral, como virtud. Desde el punto de vista de la dinámica, reconoce que es en los grupos que produjeron este discurso donde surgieron momentos de emoción —de condensación, diríamos nosotros—. El objetivo que se fija la autora en este capítulo, es descubrir como funciona ese imperativo interior que empuja a los militantes cristianos a ayudar a sus semejantes. Tal vez sea éste, el único capítulo donde el discurso de los grupos cobra mayor protagonismo, mientras los textos teóricos, en este caso *textos sagrados*, sirven de apoyo al análisis y no tanto como fuentes de hipótesis que hay que verificar.

Es también aquí donde aparece la *fuerza del afecto*, tema nunca olvidado por las religiones y que tal vez, podría servir para comprender la vitalidad actual de los

¹ Alonso, L. E., *Sujeto y discurso: El lugar de la entrevista abierta en las prácticas de la sociología cualitativa*. En DELGADO, J.M. y GUTIÉRREZ, J., *Métodos y técnicas cualitativas de investigación en Ciencias Sociales*. Ed. Síntesis.

movimientos religiosos frente a la lamentable situación que presentan las ideologías herederas de la Ilustración; pero si el lector alberga alguna esperanza, la autora se encarga de arrojarnos un jarro de agua fría al recordar con una cita de Juan Jacobo Rousseau, que sólo nuestras miserias nos unen por el afecto, mientras que las necesidades nos unen por el interés. No hay escapatoria posible.

La distinción entre solidaridad y caridad está tratada de modo consistente. La primera se presenta como significativa ligado a los movimientos sociales de inspiración marxista que el tiempo ha demostrado muy frágil, mientras la caridad, en cambio, cuenta con raíces profundas y está bien anclada en el *amor sin retorno* cristiano. También resulta muy sugerente el tratamiento de la deuda y la culpa.

Las conclusiones, en cambio, son algo decepcionantes —evidentemente, no por culpa de la autora—: *el sostén de la nueva filantropía es muy débil*, los voluntarios prestan ayuda *para sentirse bien* y en general predomina el discurso individualista. *El fundamento del altruismo moderno no es el sentimiento, sino la racionalidad. Por ello, el altruismo democrático es compatible con el individualismo.* La

autora termina preguntándose por la naturaleza de la condición humana: ¿es egoísta o altruista? Puede que sea cierto, como decía un viejo profesor de filosofía, y a la sazón miembro de una orden religiosa, que cuando ayudamos a los demás lo hacemos para sentirnos bien con nosotros mismos, con lo que estaríamos, efectivamente, ante una muestra más de egoísmo, pero no cabe duda, que ese «egoísmo altruista», que cuenta con los otros, es mucho más útil que el egoísmo a secas y cae de lleno en lo que el republicanismo cívico plantea como virtud e interés por la cosa pública, asunto que, por cierto, la autora rebaja en sus conclusiones al nivel de una virtud republicana como la responsabilidad.

Por último, entre los muchos méritos del libro hay que destacar la inclusión de una guía bibliográfica comentada, que va dando cumplida cuenta de las lecturas que la autora ha realizado en la preparación de cada capítulo. Una magnífica guía para todo aquel que quiera introducirse en estos temas; lástima, que las políticas editoriales no permitan también, la inclusión de anexos con los textos resultantes de la transcripción literal de los grupos de discusión.

POR JOSÉ M. ARRIBAS